

bía rechazado con displicencia este título que quisieron darle. ⁽¹⁾ Sólo Domiciano lo aceptó en su sed insaciable de deificación. ⁽²⁾ ¿Qué debía ocurrir entonces con aquellas jóvenes criaturas, á las que una educación mal dirigida en su temprana edad había ya llenado de ilusiones, cuando eran tratadas como seres superiores por senadores y generales? ¿Quién censurará á la pobre mujer, si traspassa todo límite, cuando una galantería falsa, exagerada, la ha hecho dueña, por no decir ídolo, de la sociedad?

Se infiere de lo dicho que un sexo no peca jamás solo; jamás él solo es causa exclusiva de toda corrupción. Las mujeres no tienen razón alguna en atribuir toda la culpa al hombre, y los hombres serían culpables, si considerasen á la mujer como causa de todo mal. Ni los hombres ni las mujeres pueden, aisladamente, arruinar á una sociedad. Pero llegarían bien pronto á hacerlo obrando de concierto. El hombre es causa de la mayor parte de la falta, pero su mejor instrumento es la mujer. La mujer es la que forma las costumbres, y por ella subsiste ó cae una sociedad. Si se quiere conducir una época á su ruina, no hay más que quitar á la mujer su dignidad y su situación por medio de una falsa educación. Desde luego, se trata con orgulloso desprecio á la mujer que se conduce como tal; y luego, una vez seducida, le hacen perder la cabeza con exagerados homenajes. Bien pronto se avergüenza de ser lo que es, y de cumplir con las verdaderas funciones que le convienen. Lo restante viene rápidamente. En la capital del mundo, se comprendió esto perfectamente. Una vez corrompida la mujer, ésta corrompió á Roma y Roma corrompió al mundo. Así zozobró el mundo antiguo. ¡Quiera Dios que el mundo moderno no camine á su ruina por esta misma vía! ¡Desgraciadamente, la condición primaria de esta decadencia, la corrupción de la mujer por una educación falsa, existió en muy alto grado! ⁽³⁾

(1) Sueton., *Octav. Aug.*, 53.

(2) *Id.*, *Domitian.*, 13.

(3) Cf. Diel und Kreiten, *Clemens Brentano*, I, 123 y sig.

CONFERENCIA XIV

LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

1. La debilidad moral humana, es decir, la debilidad de la voluntad.—Desde la época de Homero, las quejas sobre la debilidad humana constituyen uno de los manantiales más fecundos en que beben los poetas. Cuando han visto que la gloria no es más que ilusión y la belleza humo; cuando el mismo amor sensible, cuyos suspiros hacen vibrar con sonidos siempre uniformes los acordes de su lira, satura su corazón de hastío, entonces este mar inagotable, lleno de tempestades y amarguras, viene á ser para ellos objeto de reflexiones y de poesía. Así como en otoño, un sordo estremecimiento corre á través de las amarillentas hojas de los árboles, así millares de cantos dejan escapar suspiros. Lo mismo que el polvo revolotea en verano, las aguas del lago se agitan á la proximidad de la tromba, y las obras maestras del artista son destruídas por un temblor de tierra, así el hombre se agita, tiembla y cae precisamente en el momento en que su poder y esplendor parecían haber llegado á su más alto grado.

Sí, los poetas tienen razón; el hombre es débil. Pero ¿por qué canta sin cesar la nada de sus obras y de sus creaciones? Desgraciadamente, esto importaría poco, si en el fondo no se ocultase otra cosa. Más débil es aún interior que exteriormente, y en esto consiste su miseria propiamente dicha. Su debilidad es tan grande, que experimenta ya una impresión desagradable, sólo con oír hablar de ella; tan grande, que es muy difícil convencerle de ella,

mostrarle de dónde proviene y cómo puede ser curada. Buscamos siempre la causa de nuestra debilidad en los otros. No queremos ser miserables, no queremos que se diga que en nosotros mismos hemos puesto el germen de la corrupción en nuestras propias obras. Siempre son los demás la causa de nuestras faltas. Son siempre las circunstancias, de las cuales no somos dueños, la causa de que todo vaya mal. En realidad, es nuestra debilidad moral la causa de la debilidad de nuestras acciones, y ésta no es otra cosa sino la debilidad de nuestra voluntad.

2. Todos los males públicos son consecuencia de la debilidad moral.—Se nos ocurren estas consideraciones siempre que recorremos la historia universal. Siempre y en todas partes no son más que descalabros, principios grandiosos, discursos brillantes, acciones pequeñas; pero en ninguna parte se ve el deseo ó solamente la capacidad de comprender el verdadero motivo de todo esto. En todas partes, pruebas de fragilidad, pero en ninguna comprensión, y con mayor razón, confesión de lo que es innegable. Si queremos comprender el mundo, y ante todo, queremos mejorarle, preciso es que comprendamos y confesemos que siempre y en todas partes la miseria ha venido y vendrá siempre, por culpa del hombre. Todo lo que es grande desaparece con presteza, y todo lo que es hermoso se corrompe pronto por culpa del hombre. No es la malicia del enemigo ni la suerte desfavorable, de la cual se quejan los hombres y los pueblos, pero sí la propia negligencia de los que sin cesar se quejan, la carencia de dominio personal, la repugnancia en vencerse á sí mismo, en una palabra, nuestra pereza y la debilidad de nuestra voluntad, lo que constituye la clave para comprender todas las desgracias de la historia.

La sola y única causa que hizo caer á Roma, Atenas, Babilonia, Persépolis, Constantinopla, fué la falta de energía moral, es decir, la falta de fuerza y de voluntad para confesar y atacar sus propios defectos, la demasiada condescendencia con el orgullo, la medianía, la molicie del

corazón. No son los enemigos externos los que han derribado sus imperios con su civilización. Se han destruido ellos mismos.

Uno de los errores más funestos para los pueblos y los Estados, consiste en que no quieren jamás admitir esta verdad fundamental de la historia universal. También los Imperios, las civilizaciones, los pueblos, las asociaciones sociales, sabias y religiosas, se hunden, las unas después de las otras, únicamente porque buscan siempre la causa de la fuerza y de la debilidad de todas las instituciones humanas en las cosas exteriores, y no en su interior. Pero la ley fundamental de toda política, de toda economía social, de toda educación y de toda literatura, consiste, y consistirá siempre, en que la fuerza moral de una generación debe ser la primera condición de su prosperidad, en cualquier clase de civilización que sea, y que la disminución de la moral, y sólo esta causa, es el principio de la decadencia de la vida política y social.

Mientras el mundo no admita este principio, no es amigo de la verdad que pueda responder de la estabilidad de su poder y civilización. Ni con cañones, ni con millones puede mantenerse la vida en un Estado, y mucho menos una civilización. Allí donde uno no busca en sí mismo la causa de toda conmoción y de todo peligro, de toda excrecencia, allí el mal aumentará siempre, hasta el momento en que estalle súbitamente y haga imposible toda curación. Los enemigos no tendrán entonces más que presentarse, tocar con el dedo el edificio carcomido y todo quedará hecho polvo. No hay ni siquiera necesidad de un choque externo cuando la medida del mal está llena. ¡Quiera Dios que cada pueblo y cada imperio tome esto á pechos! No se pone uno al abrigo de peligros futuros, ni se honra mucho arrojando á la faz de un pueblo extranjero, que, después de una guerra de algunos meses, ha caído de la altura más encumbrada en apariencia, estas palabras burlonas: «No es de extrañar tal desgracia en un país donde reinaba tan gran corrupción moral». Más valdría

dirigirnos seriamente estas palabras, que echarlas en cara á los otros en tono de reproche. Sirvámonos de los ejemplos extraños para darnos cuenta, por nosotros mismos, de esta verdad tan importante; esto nos será más ventajoso.

3. Error en creer que la virtud consiste en discursos acerca de la virtud. Los tiempos en que más se moraliza son los tiempos en que la debilidad moral es mayor.—Toda la dificultad consiste en esto. Censuramos á los antiguos, reprochamos á los demás las mismas faltas que nosotros cometemos. No nos perjudicamos á nosotros mismos reprochando sus faltas á los otros. Nos amamos demasiado y amamos también demasiado nuestras comodidades para aplicarnos las mismas verdades que no economizamos á los demás. Creemos haber hecho algo grande en pro de la virtud, cuando censuramos amargamente los ataques que el prójimo le dirige; pero nos creemos absolutamente perfectos, si pronunciamos algunas palabras entusiastas en elogio de la virtud.

Con esto hemos tocado el segundo punto sensible de la civilización, la cual no entraña consecuencias menos perjudiciales que las que acabamos de ver. Es un funesto error creer que se puede formar el espíritu instruyendo solamente la inteligencia. La ilusión de que se puede ser mejor con pequeños ó grandes discursos sobre la virtud y la moral, y mejorar con ello á la humanidad, produce los mismos efectos desastrosos. Si esto fuera así, pocas épocas hubieran sido tan perfectas como la nuestra. Pues, desde el siglo último, desde los días del Racionalismo y de la Revolución, la manía de moralizar ha venido á ser una moda y aun una enfermedad, y—como se prueba con la literatura—la predilección por este género de ejercicio, va cada día en aumento. ¡Si pudiéramos decir lo mismo del bien real! Pero las cosas son de tal manera, que se puede arriesgar sin temor esta afirmación: Todo lo que se ha dicho y todo cuanto se ha escrito, de una parte, sobre la moral y los resultados obtenidos, de otra, están ordinariamente en razón inversa.

La historia nos da á conocer una época en que lo que acabamos de decir se ha manifestado claramente, un período que, por otra parte, tiene mucha analogía con el nuestro: la Edad de Oro de Augusto. En aquella época, también la decadencia de la vida moral había producido una manía verdaderamente contagiosa, la de discurrir sobre la virtud. Sabemos por Horacio qué azote y qué peligro eran para las paseantes inofensivos aquellos pesados mosquitos moralizadores, aun en pleno día. Cuando se observa su manera de obrar, y se desentrañan sus principios, se cree uno transportado á los días del Racionalismo y á nuestra época. Aquella secta de apóstoles de una moral honrada puramente humana, era tan numerosa, que se llegó á inventar un nombre á propósito para ella. Los que en el siglo XVIII, cuando los marqueses y los lacayos daban el tono, se llamaban filósofos para el mundo; los que hoy día se llaman maestros de moral libre, campeones de la moral civil, oradores que predicán la liga universal de todos los hombres para la religión de la moral y para la civilización ética, se llamaban en aquella época *aretólogos*. Fueron éstos los verdaderos misioneros y pastores de una sociedad de la cual salieron un Nerón y una Agripina.

No examinaremos si tomaban en serio su doctrina y hasta qué punto lo hacían. Para nosotros, se trata solamente de saber aquí qué influencia tuvieron en el mundo sus hermosas palabras, y hasta qué punto sus discursos sobre la virtud estuvieron en relación con sus prácticas de virtud. Según todos los historiadores de entonces, el público romano no veía en ellos más que una especie, la más refinada, de truanes, histriones, ⁽¹⁾ titiriteros, ⁽²⁾ y, en los mejores casos, actores, declamadores, bufones. Las gentes acomodadas mantenían en sus casas, por poco salario, un *aretólogo*, sobre todo las damas, no para hacerse predicar la virtud, sino para tener un compañero, un supuesto lec-

(1) Manetho, *Apotelesmatica*, 4, 445-449 (Koechly).

(2) *Aretalogus mendax*, Juvenal, 15, 16.

tor, y para estar ciertas de que su favorito perro de aguas estaba al cuidado de un hombre de confianza; lo tenían también para tranquilizar su conciencia, cuando no podían acallar los remordimientos, como ocurre algunas veces entre las personas del mundo bien instruidas. ⁽¹⁾ Había otros que, no queriendo imponerse tales gastos, contrataban, por lo menos en ocasiones solemnes, un *aretólogo*, particularmente durante un gran festín. Esta última circunstancia era una de las más cómodas para procurarse filósofos mundanos. Á la hora de las comidas, se encontraban, en cada rincón de la calle, una docena de semejantes personajes que miraban con avidez á los salones de los palacios. Bastaba una señal, y el que estaba más cerca acudía prontamente al comedor, y cuando gladiadores, histriones, bailarinas y músicos estaban cansados, aquél los reemplazaba por algún tiempo, y explicaba la manera de adquirir, á los ojos del mundo, la gloria de hombre honrado sin grandes esfuerzos. ⁽²⁾ Los convidados le aplaudían, le tiraban golosinas y empezaban en seguida las orgías propiamente dichas. El mismo Augusto, con toda su gravedad, honraba con su presencia estos festines, creyéndolos dignos de un emperador. ⁽³⁾

4. Pablo y los charlatanes de la moral.—Cuanto más se habla de honradez, menos virtud real hay. Ésta ha llegado á ser una broma, ó todo lo más, objeto de discursos en que se hace gala de agudeza de ingenio. Á nadie se le ocurre tomarse la más mínima molestia á causa de ella. Ya en aquella época, el mundo consideraba esto á la fuerza y con disgusto; se burlaba de ello, pero,—pues es siempre el mismo—ni cambiaba ni sabía cambiar el estado de las cosas.

Un día, hacia el año de 51 de nuestra era, entraba un

(1) Seneca, *Tranquill. an.*, 14. Plutarch., *Anton.*, 80. *Præcepta reipubl. gerendæ*, 18, 3. *Reg. et imper. apoph.* (August., 7). *Cato min.*, 10, 2; 16, 1. Strabo, 14, 10, 14. Ælian., *Var. hist.*, 12, 25. Lucian., 17. *De mercede conductis*.

(2) Lucian., 17, 35.

(3) Sueton., *August.*, 74.

hombre en Atenas, justamente en la ciudad donde se formaban *aretólogos* para el mundo entero. Aquel hombre era tan singular y tan nuevo, que allí donde los inagotables cambios de objetos de curiosidad no producían el más pequeño efecto sobre los espíritus, excitó la atención. Pequeño de estatura, cubierto de polvo, las manos encallecidas, señal de un penoso trabajo manual, ofreciendo en su fisonomía la señal indudable de su origen judío, no hubiera sido digno de una mirada por parte de aquellos vanidosos predicadores de virtud, de que estaba llena la ciudad, si sus ojos no hubieran revelado en él un espíritu, y su continente una fuerza tal, como jamás nada semejante habían visto. Este singular extranjero era evidentemente un hombre inteligente y que conocía el mundo. Sin embargo, esta especie de hombres no era rara entre ellos, por lo que esto no les hubiese llamado la atención. Pero sí había una cosa que atraía involuntariamente hacia él todas las miradas. La veían en sus facciones, la adivinaban en todo su ser; no sólo sabía algo y podía hablar de lo que sabía, sino que él era también algo, y era exactamente lo que él sabía y decía. Pero esto era nuevo y aun inaudito en aquellas esferas. «¿Es posible?—se decían los unos á los otros aquellos predicadores de virtud, sobrecogidos de admiración.—¿Hablamos de la virtud? Pues bien; he ahí quien la posee.»

La noticia se extendió como un incendio por las escuelas de filosofía de la ciudad, y los filósofos se precipitaron como águilas para adiestrar su lengua, sin cesar su movimiento, en semejante prodigio de virtud. Pero aquel hombre maravilloso sabía responder á todos. «¡Vamos!—exclaman algunos epicúreos, he aquí un *aretólogo*, un charlatán, ⁽¹⁾ como ya hemos visto á millares.»—«Nada de eso;—replican otros,—nosotros somos charlatanes, pero ese tiene algo más que palabras, ya que une la acción á las palabras. Nosotros las sembramos, pero éste las hace madurar en sí. Es un hombre nuevo. Algo sabemos nosotros,

(1) Act. Ap., XVII, 18.

quizás más que él; pero lo que ése sabe, lo quiere al propio tiempo, y desde el momento en que algo quiere, abriga la certeza de que indefectiblemente llegará á realizarse. Es un hombre completo. Nosotros nos atenemos á simples palabras; en él las palabras se transforman en actos. Es un hombre que sabe lo que es la vida. Creímos siempre hacer algo extraordinario hablando del hombre; pues bien, he aquí ante nosotros un hombre. Es el primero que encontramos. Ya veréis como proclama una religión nueva que enseñe el arte de llegar á ser hombre. Porque hemos cultivado demasiado la filosofía para saber que no es en ella donde pueden aprenderse semejantes cosas.»

«Quizás podrás decirnos qué nueva doctrina es esa que te propones anunciar,» ⁽¹⁾ le preguntan.

Entonces le cogen, le conducen tumultuosamente, no á una de sus escuelas de filosofía, pues desde el primer momento vieron que no era aquél su sitio propio, sino ante el tribunal donde se trataban las cuestiones decisivas sobre el bien común. ⁽²⁾ Sentían que había en aquel ex-

(1) Act. Ap., XVII, 19.

(2) También tiene la crítica sus quebraderos de cabeza. En todo caso, se ha creído que no se trata aquí del Areópago como tribunal, sino como plaza pública; los filósofos hubiesen conducido á Pablo á la colina de la Acropolis, porque allí hubiese estado más tranquilo que en el Foro, donde antes había hablado (*Act. Apost.*, XVII, 17). ¡Como si los atenienses hubiesen dejado tranquila una plaza durante el día, excepción hecha de sus propias casas! Pero con esta explicación, pregúntase uno porqué la conversión de Dionisio el Areopagita se da como estrechamente relacionada con este hecho. Sin embargo, lo que hay de decisivo es que el Sermón de Pablo fué oído por el Areópago. El Areópago no era sólo el tribunal, sino también la autoridad superior de policía. A él incumbía mantener el orden público (Heraclides Pontic., *Fragm.*, 1, 10 [Müller, *Histor. Græc.*, II, 209], la policía moral (Isócrates, *Areopagit.*, 37. Plato, *Axiachus*, 367, a. *Plutarchus, Solón*, 22, 3. Valer. Max., 2, 6, 4), hasta el maltratar á los animales (Quintil., 5, 9, 13), y particularmente la policía sobre la religión, (Diogenes Laert., 2, 10, 1. Cicero, *Divin.*, 1, 25. Plutarch., *Placit. philos.*, 1, 7, 2. Himer., *Ecolg.*, 7, 1, *Orat.*, 10, 3). Era además el encargado de velar por el cumplimiento de las leyes (Andocides, *Myster*, 84. Plutarch., *Solon*, 19, 2), juzgaba los delitos cometidos contra las costumbres patrias (Dinarch., *Contra Demosth.*, 62 [Müller, *Orat. Att.*, II, 165]), la introducción de nuevos y extraños usos y costumbres (Lysias, *Fragm.*, 114, 175 [Müller, *Orat. Att.*, II, 274, 284]), y en general, de todas las cuestiones difíciles y oscuras (Dinarch., *Contra Demosth.*, 8, 9 [Müller, *l. c.*, II, 156]). Ahora bien, como Pablo trataba de nue-

tranjero algo de lo cual dependía la vida y la salvación de todos.

De esta manera, el Apóstol Pablo, pues era él, se presentó ante el Aréopago y sembró su doctrina, no doctrina de sabiduría humana, no palabras elegantes, sino palabras de vida.

Mas apenas hubo empezado á exponer á aquellos sabios, que creían saberlo todo, la sola cosa de la cual jamás habían oído hablar hasta entonces, á saber, que no bastaba hablar, sino que en adelante era preciso vivir; apenas hubo dejado caer de sus labios estas palabras, á saber, que llegar á ser hombre y vivir como hombre no es cosa fácil, que esto sólo se obtiene por la penitencia, por esfuerzos y trabajos personales, por la energía de la voluntad y la fuerza de la acción, no quisieron oír una palabra más. «De esto hablaremos en otra ocasión»—le dijeron. ⁽¹⁾

Bien hubieran querido llegar á ser hombres, pero, como verdaderos griegos y paganos que eran, hubieran querido serlo sin esfuerzo.

5. Diferencia entre el Humanismo y el Cristianismo, como entre la palabra y la acción.—Desde el primer día en que el Paganismo se comparó con el Cristianismo y el Humanismo con la Humanidad, la oposición moral que separa estas dos tendencias, se manifestó de la manera más clara. No podemos caracterizarla mejor de lo que lo hizo Tertuliano en aquella época con las siguientes palabras: «Aquí acción y gravedad, allí palabras y apariencia.» ⁽²⁾ Bellas palabras y apariencias externas han sido siempre para el Humanismo la primera, por no decir la única cosa de la cual ha dependido su juicio. ⁽³⁾ Si al ha-

vas cosas (*Act. Apost.*, XVII, 19, 20), el asunto debía ventilarse ante el Areópago, cuyas atribuciones, si bien muy limitadas desde el tiempo de Pericles, habían vuelto á ser muy considerables desde la dominación romana (Cicero, *Nat. Deor.*, 2, 29. Valer., Max., 8, 1, amb. 2. Aul. Gell., 12, 7, 5).

(1) Act. Ap., XVII, 32.

(2) Tertull., *Apolog.*, 46.

(3) I Cor., I, 17; II, 13. Plato, *Leg.*, 1, p. 641. e.